

EL REGALO DE LOS TERRESTRES

FREDRIC BROWN

Sentado a solas en su habitación, Dhar Ry meditaba. Desde el exterior a su cuarto sintió llegar una onda de pensamiento equivalente a una llamada y dirigió una simple mirada hacia la puerta, proyectando su voluntad para deslizarla silenciosamente y abrirla.

—Entra, amigo mío —dijo—. Podría haber proyectado la idea e invitarlo telepáticamente; pero entre dos personas solas en una habitación, el lenguaje oral resultaba más afectuoso.

Ejon Khee entró.

—Estás levantado tarde esta noche, mi señor —dijo.

—Si, Khee. Dentro de una hora, un cohete de la Tierra tomará contacto con la superficie de nuestro planeta y yo deseo verlo. Sí, lo sé, «aterrizará» a unas mil millas de distancia, si los cálculos de los terrestres son correctos. Más allá del horizonte; pero, aún al doble de esa distancia, el destello de la explosión atómica sería visible. Es algo que he esperado durante mucho tiempo. Aunque no venga ningún terrestre en ese cohete, para ellos será el primer contacto con nosotros. Es cierto que nuestros equipos de telépatas han leído sus pensamientos durante muchos siglos, pero éste será el primer contacto físico entre Marte y la Tierra.

Khee se acomodó en una de las bajas sillas.

—Es verdad —dijo—. No he seguido muy de cerca los informes más recientes. ¿Por qué utilizan una carga atómica explosiva? Sé que suponen que nuestro planeta está deshabitado, pero aún así...

—Ellos observarán el resplandor a través de sus telescopios para obtener un... ¿cómo lo llaman?, un análisis espectroscópico. Esto les dirá más de lo que actualmente saben (aunque mucho es erróneo) sobre la atmósfera de nuestro planeta y de la composición de su superficie. Es también como una prueba de puntería, Khee. Ellos vendrán en persona dentro de unas cuantas conjunciones entre nuestros planetas. Y entonces...

Marte se mantenía a la espera de la Tierra. Es decir, lo que de ellos quedaba: una pequeña ciudad de unos novecientos seres. La civilización marciana era mucho más antigua que la terrestre, pero había llegado a su ocaso. Todo lo que quedaba: una ciudad y novecientos habitantes, esperando que la Tierra entrara en contacto con ellos por una razón egoísta y otra desinteresada al mismo tiempo.

La civilización marciana evolucionó en una dirección diametralmente opuesta a la terrestre. No alcanzaron ningún conocimiento importante en ciencias físicas ni en tecnología. En cambio, las ciencias sociales se perfeccionaron hasta el punto que en cincuenta mil años no se registró un solo crimen ni se

produjo guerra alguna. También experimentaron un gran desarrollo en las ciencias parasicológicas, que en la Tierra apenas comenzaban a descubrir.

Marte podía enseñar mucho a la Tierra. Para empezar, la manera de evitar el crimen y la guerra. Después de estas cosas tan sencillas, seguían la telepatía, la telequinesis, la empatía...

Los marcianos confiaban que la Tierra les enseñara algo de más valor entre ellos: cómo mediante la ciencia y la tecnología —que ya era demasiado tarde para que Marte las adquiriera por propia evolución, aunque hubiesen poseído el tipo de mente que les permitiera desarrollar tales disciplinas— restaurar y rehabilitar un planeta agonizante, para que la raza moribunda pudiera revivir y multiplicarse de nuevo.

Ambos planetas ganarían mucho y ninguno perdería.

Y aquella noche, era la noche en que la Tierra efectuaría su primer tiro para probar puntería. Su próximo disparo, un cohete con uno o varios tripulantes, tendría lugar en la próxima conjunción, es decir, a dos años terrestres o cuatro marcianos. Los marcianos lo sabían, porque sus equipos de telépatas podían captar algunos de los pensamientos de los terrestres, lo suficiente para conocer sus planes. Desgraciadamente, a tal distancia la comunicación era unilateral. Los marcianos no podían pedir a los terrestres que acelerasen su programa. Tampoco podían comunicar a los científicos terrestres respecto de la composición de la atmósfera de Marte, objetivo de ese primer lanzamiento.

Aquella noche, Ry, el líder, y Khee, su asistente administrativo y mejor amigo, tomaron asiento y meditaron juntos hasta que el momento se aproximó. En aquel instante, brindaron por el futuro —con una bebida a base de mentol que, para los marcianos, tenía el mismo efecto que el alcohol para los terrestres— y ascendieron hasta la terraza del edificio. Dirigieron su vista hacia el norte, en la dirección donde llegaría el cohete. Las estrellas brillaban vivamente y sin parpadear a través de la atmósfera.

En el observatorio número 1 de la luna terrestre, Rog Everett, observando por el ocular del telescopio principal, exclamó triunfalmente:

—¡Ya explotó, Willie! Y ahora, después de revelar las películas, conoceremos que sucede en el viejo planeta Marte. —Se enderezó. No necesitaba más por ahora y estrechó solemnemente la mano de Willie Sanger. Sin duda, era un momento histórico.

—Espero que la explosión no haya matado a nadie —dijo bromeando—. Algunos marcianos, quiero decir, Rog. ¿Habrá hecho impacto en el centro de Syrtis Mayor?

—Tan cerca como fue posible. Yo diría que sólo fallamos por una mil millas, hacia el sur. Y eso es una excelente puntería para un disparo a cincuenta millones de millas de distancia... ¿Willie, piensas realmente que existan los marcianos?

Willie pensó un segundo y respondió:

—No.

Y tenía razón.

FIN

Libros Tauro